

llevado al disparate con un gran talento, y en el *Insurgentes* una comedia de argumento manido pero siempre efectista, y que a pesar de los innumerables trucos usados por el autor, por el director y por los actores, los harán emocionarse exactamente igual que con *La mano que aprieta* o con *El fantasma de la ópera*, porque el género de terror nunca pasará de moda, ya que siempre que se trate de matar a alguien, el público acudirá de buen grado.

21 de agosto de 1966

CUÁNDO Y DÓNDE LA INGENUIDAD PIERDE SU NOMBRE

Hay una sonora y hermosa palabra en el idioma castellano para clasificar a aquellas personas que o bien nacieron completamente tontas, o bien se pasan de ingenuas. Justamente lo último les ha ocurrido a los señores autores de *Las ingenuas*, comedia que se presenta en el Teatro Principal, y estuvo a punto de sucederles al director y a los actores, por una hipervaloración de sí mismos y por una tremenda subestimación del gusto del público. El señor Raúl Zenteno, que tradujo, adaptó y dirigió la comedia, quedó muy satisfecho de su labor y hubiera jurado la Biblia que los espectadores se la iban a pasar muy bien viendo lo que él había hecho. Pancho Córdova es un excelente actor cómico, pero sus amigos, comenzando por mí, le han hecho creer que es más cómico que Max Linder y que en las fiestas y cocteles, como en la publicidad de un ron, sólo si hay Pancho Córdova hay ambiente.

Todo esto, claro, ha obligado al actor a perder el sentido de la proporción y a pensar que en cuanto él abre la boca el público está en la obligación ineludible de reír a mandíbula batiente. Es lástima que Pancho haya llegado hasta ese punto, pero más lástima es que el director de escena no le haya dicho que con aquellos diálogos y aquellas situaciones, no podría hacer reír ni a una hiena. Y es que el director también ha perdido la pro-

porción, y cuanto dice o hace Pancho Córdova lo mata de risa, como a mí y a muchos más. Pero un escenario es algo muy diferente a una reunión social, y los chistes que en ésta funcionaron, en aquél sólo contribuyeron a formar una era glacial en el lunetario. Quizá esto le enseñe a Pancho que debe hacerse una diferencia entre chistes de reunión y chistes de obra teatral. O quizá Pancho ya lo sepa, porque me consta que es una persona con talento, sólo que el director no quiso aceptar la verdad, y como a él le hacían gracia aquellos parlamentos creyó que todo el público mexicano tendría su mismo sentido del humor. Por fortuna andaba muy equivocado.

Los autores de la comedia, unos señores Berialt y Grady, franceses, llegaron a la sonora región donde la ingenuidad pierde su nombre por no tener en cuenta que los espectadores pueden reír de muy buen grado cuando alguien les cuenta que un perico dijo tal o cual majadería, o bien cuando Nadia Haro Oliva y Ciangherotti dicen subidos juegos de palabras en un vodevil atrevido y picarón, de esos que permite la censura para que vean que tiene manga ancha, o bien cuando dos cómicos de carpa dicen en un *sketch* las peores obscenidades; pero lo que no causa la menor gracia es que sea una niña de catorce años la que diga esas majaderías que quieren ser chistosas.

Fundamentalmente allí radica la causa del fracaso de *Las ingenuas*: al público le molesta la pornografía infantil. Que la comedia trate o no de ser una crítica a los “talentos” precoces al estilo de la Sagán, no le importa mayormente a los espectadores de la capital: lo que les importa, y les molesta, es que sea una apenas adolescente la que coloque a su padre, un modesto y bondadoso profesor de latín a lo *Topacio*, en una situación procaz, ridícula y repugnante, y que diga cosas que quieren ser graciosas y sólo son pornográficas, y cuando las dice una muchachita que no tiene la menor gracia ni el menor sentido de la actuación, peor aún. ¡Por todos los santos, cuando se quita los pantalones en un movimiento que el director creyó que era el colmo de la malicia y de la picardía, dan ganas de subir al escenario y darle a la pobre niña cuatro nalgadas y mandarla a su casa a estudiar una poca de dicción, alejándola de sátiros y bacantes!

La comedia es fallida por exceso de crítica; la traducción y la

adaptación la hundieron más aún por exceso de “chistes”; la dirección sólo existe en los detalles de mal gusto, pues del bueno no hay; las actuaciones, que pudieron ser buenas en Córdoba y en Magda Donato, se pierden por exceso también de chistes, y el resto del reparto se defiende, pero de la obra, y todos tratan de ser muy simpáticos. Bien Julio Monterde, que pasa por discreto, y bien Alejandra Meyer, que en medio de su vulgaridad se salva porque es justamente lo que necesitaba para ese personaje.

Estas ingenuas que se pasaron de tueste no se harán viejas en el Teatro Principal. La noche en que asistí había quince personas, de las cuales sólo una se reía (yo que soy un degenerado) y el resto permanecía en un escalofriante silencio, llevado hasta su extremo al caer el telón final y no aplaudir. Si el telonero no hubiese descornado la cortina nuevamente, obligando al escaso auditorio a palmotear débilmente, los actores no hubieran escuchado esa noche ningún ruido de palmas, lo que también sería injusto, pues ya el aprenderse de memoria tanta tontería, soportar al director y ver desierto el teatro, es digno de premiarse aunque sea con un modesto y poco entusiasta aplauso.

28 de agosto de 1966

ATROCIDAD DE LAS “ADAPTACIONES”

Se supone que la Unión Nacional de Autores existe para defender los intereses de los escritores de teatro del mundo entero, para que los voraces empresarios no les arrebaten los derechos que les pertenecen legítimamente y para que sólo aquella empresa que haya adquirido los derechos de representación, pueda montar la obra en un escenario. Por desgracia, en México la Unión de Autores no cumple con lo anterior, sino que, por lo contrario, es la principal enemiga de todos los escritores teatrales extranjeros, y permite que cualquier empresario que se sienta escritor “adapte” la comedia y por ese simple hecho le quite al autor la mitad